

cubanas de distintos romances populares y tradicionales de España, completando así la labor emprendida, con tanto acierto, por don Ramón Menéndez Pidal. Este interesante tema de los romances tradicionales habrá de servir a Chacón, según tengo entendido, para nuevos e interesantes trabajos.

Este joven escritor apenas frisa en los veinte años, y ya, no sólo ostenta el título de Doctor en Derecho Civil y se prepara a obtener, en breve, el de Filosofía y Letras, sino que sorprende por la solidez de su cultura. Sus lecturas, enriquecidas día tras día por su consagración incesante, han sido realizadas con método, y, lo que es mejor, con provecho. Chacón ha echado ya las bases, los cimientos de su labor mental, y éstos son sólidos y estables. Conoce a fondo la literatura española; ha estudiado sus orígenes con acuciosidad pasmosa; ha dedicado sus mejores años de juventud a la lectura de

los escritores y poetas de los siglos de oro. Al mismo tiempo, conoce las obras maestras de otras literaturas; y continúa, gradual y pacientemente, ampliando su cultura y dando cada nuevo paso sobre terreno firme.

Es por eso por lo que tenemos derecho a esperar ópimos frutos de su talento y de su amor al estudio. La lectura hecha con método y provecho vale siempre más que la cultura adquirida desordenadamente y sin concierto, aunque ésta pueda parecer, con su brillo de oropel, más brillante y nutrida. El buen escritor necesita, ante todo, una buena preparación clásica, y eso ya lo tiene Chacón. Empeña la ruta con un bagaje que no tiene el esplendor fugaz del oropel, pero sí el brillo mate y la recia consistencia del oro viejo.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

(*El Figaro*. Habana, marzo de 1914).

El Despotismo y la Guerra Civil en América

LA guerra civil en América ha sido siempre o casi siempre la consecuencia de una situación de fuerza creada por el despotismo como sistema de Gobierno. La guerra civil ha tenido siempre por objeto de este modo la destrucción del despotismo del poder personal de un hombre constituido por el azar y por las circunstancias en amo y árbitro supremo e irresponsable de los hombres, sus derechos, sus intereses, sus hogares, su honra, sus vidas; y su substitución por un Gobierno regular y civilizador.

Todos los países de América han pasado por el trágico y obscuro período del despotismo y la guerra civil después de la conquista de la independencia y la soberanía; pero algunos de ellos se encuentran todavía en ese período, y forman lo que pudiera llamarse las zonas del despotismo en América, cuyas manchas más negras son Guatemala y Venezuela; mientras en otros el siniestro ciclo de barbarie ha sido cerrado por la invasión extranjera como en Santo Domingo y Nicaragua.

México presenta un caso raro y excepcional. El fenómeno de la guerra civil como engendro natural y fatal del despotismo tardó allí en producir treinta años, y una paz engañosa y deslumbrante hizo por mucho tiempo la justificación de la fuerza, de la arbitrariedad y el atentado como ciencia de Gobierno, en la consagración de un éxito traidor. Pero al revés de lo que ha sido la tradición en todas partes, la rebelión derribó al Gobierno

popular y constitucional que a su vez había puesto fin a la dictadura, y desde entonces no hay paz en México. Al cabo de cinco años de guerra por la reivindicación del derecho popular logró establecerse allí un Gobierno legal, pero no por eso hay paz en México, y la principal tarea del Gobierno establecido es la reducción o la subyugación de las fuerzas disolventes y anárquicas que allí luchan contra la sociedad organizada. El carácter de la guerra civil en México es pues distinto y único. El remedio para este mal es el fortalecimiento del Gobierno existente y la cooperación con él de todas las fuerzas del bien en la nación para la persecución y destrucción de los bárbaros. México es el país más necesitado de paz y libertad, y de un Gobierno inteligente y progresista, un Gobierno moderno porque es de estos factores que depende en México, más que en ningún otro país de América, la seguridad de la existencia nacional. México es un país cuyo destino está dominado en primer término por la situación geográfica. Los que en México hacen hoy la guerra civil por espíritu de reacción y pasiones de odio y de venganza y ambiciones personales de poder y de fortuna, son enemigos de la nación, enemigos no solo de su reposo y de sus libertades, sino de su existencia, y deben en realidad ser considerados como traidores a la patria. Los hombres del pasado no tienen nada que ofrecer a México ni por la guerra ni por la paz. Ellos envejecieron en el poder y sólo probaron su es-

terilidad. Ellos son los hombres de los antiguos métodos y de la antigua fe, los métodos de la fuerza y la fe en la dictadura, en el caudillo a caballo y en el ídolo. Pertenecen a una época muerta. Empeñarse en vivir por la guerra civil, es una locura y un crimen. Los acontecimientos han abierto en México una época. Es necesario reconocerlo y seguir la nueva y superior orientación que es la paz fundada en la libertad, el derecho y la justicia, la fundación por fin del Gobierno legítimo por medio de elecciones legales y honradas.

La historia de América demuestra que la guerra civil lejos de ser un remedio contra el despotismo lo conserva y perpetúa. De cada guerra civil ha salido un nuevo déspota, derribado a su turno por otra guerra civil, a su turno creadora de otro déspota, y así, eternamente. Fatigados los pueblos de girar en este círculo de hierro y fuego, desangrados y exhaustos en sus venas y en sus tesoros, muertas su fe y su esperanza, se abandonan a la paz del despotismo y se duermen como muertos bajo el yugo. Esto es lo que sucede notablemente en Guatemala y en Venezuela, dos países de iniquidad y de sombra, en que la crueldad y la inhumanidad del despotismo son increíbles. La paz del despotismo no importa cuan larga, concluye siempre en la catástrofe de la guerra civil, y mientras ha imperado ha sido tan subversiva y funesta como la guerra misma. Su mayor daño son los vicios morales que genera, la corrupción y la prostitución de los corazones, los cerebros y las inteligencias, los falsos valores que pone en circulación, los cultos que erige, el aire que elabora.

¿Cómo borrar el estigma de esos despotismos de la frente de América? ¿Cómo suprimir esas situaciones de maldad, de crímenes y de ignominia? ¿Cómo redimir a esos pueblos? ¿Cómo unificar a la América en la libertad, en la justicia, en la capacidad para el gobierno propio?

Este es un problema que interesa a toda la América, porque la experiencia prueba que la sumisión al extranjero, o la franca y violenta ocupación por el extranjero, es el acto final en que se resuelve el siniestro proceso del despotismo y la guerra civil. Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, son los hechos de esta experiencia.

Los hombres que en los países despotizados aman la libertad y tienen el sentimiento de la patria y de la nacionalidad, no deben buscar jamás en la guerra civil el elemento de redención. La caída del déspota no implica la desaparición o la extinción del despotismo. Esta es la enseñanza de todos los tiempos y no es posible continuar ignorándola. La acción de los hombres